

HABITAR EN LOS MÁRGENES

(Isidro Ferrer. Revista Lazarillo N°15. 2006)

Pablo me contó la historia del caracol una mañana en Bolonia, a bordo de un taxi, mientras la ciudad sucedía a nuestro alrededor a través de los cristales. No recuerdo el nombre del animal, ni siquiera si lo tenía. Recuerdo la voz de Pablo como una barca varada, mecida por la corriente de las palabras, tirando del hilo de la historia. Pensé: sus ilustraciones son como su voz, tienen tono de confidencia. A menudo imagino el caracol solitario tejiendo el interior de la habitación con la humedad de su cuerpo, delimitando el espacio vacío que puebla la estancia, y veo a Pablo dentro de ese entramado líquido trabajando con la materia prima de la ausencia. En Pablo el principio de la forma es el vacío. Amasa los contornos para llenarlos de aire y soplar en su interior. Su mirada se deposita en el espacio mínimo que separa un momento de otro momento. Esa fracción de tiempo imperceptible en el que las cosas se depositan como leve ceniza, en el que los gestos atrapan la esencia del movimiento, el sentido de las acciones. En sus ilustraciones, a un instante le sigue otro en una sabia elección de fragmentos, y rehuye de la arbitrariedad de los detalles para centrarse en las formas de lo concreto.

El caracol se desplaza lentamente dejando su rastro impreso sobre la piel desnuda de la habitación. Hilos de plata entrelazando un tejido de luz.

Me gustan sus dibujos por lo que apenas veo, y de sus dibujos me gusta lo que no está, lo que se muestra de una manera sugerida sin el encadenamiento de la representación. Pablo trabaja con el blanco, y en sus ilustraciones el blanco adquiere carácter de continente, dimensión e geografía. Conozco pocos ilustradores que hagan de la ausencia una virtud.

Atrapar el tiempo. Dejar pasar el tiempo sobre la superficie del papel. El tiempo como columna vertebral del relato.

Busco en sus ilustraciones lo que otros nos empeñamos en mostrar: las dotes del dibujante, y encuentro en sus trazos una renuncia manifiesta de sus capacidades, el rechazo permanente a la demostración de virtuosismo. No hay en él intención de representar el mundo sino de revelar el mundo a través de la esencia de las formas puras.

La trama, apenas visible, del recorrido del caracol. Suelo, paredes y techo contorneados por la constatación del paso de los días.

Pablo estira el papel por los cuatro costados. Una capacidad de transgredir límites que sólo he descubierto en Arnal Ballester. Pablo, al igual que él, utiliza la página del libro como un lugar donde evidenciar lo que sucede más allá de sus fronteras.- Trabaja con los márgenes, con las lindes, insinúa, sugiere, crea imágenes expansivas que sobrepasan la barrera de la página para invadir el sentido de la periferia. De esta manera el libro empieza donde acaba el papel.

La arquitectura del caracol. La metáfora que carga a sus espaldas. La evidencia que lleva a cuestas.

Sutil, delicado, limpio, conciso, inteligente, comedido, irónico, evocador, Pablo camina junto a las palabras, unas veces a un lado, otras al otro, la más de las veces delante, pero nunca detrás. Sus ilustraciones nunca pisan sobre las huellas de lo narrado, caminan de la mano de las palabras. Cada mirada es un hallazgo, cada ilustración un encuentro.

La caricia del caracol sobre la palma de la mano.